

## IV. RESEÑAS

### BIENVENIDOS A ELSINOR, PROFESOR FREUD

*Carlos Morand*

Red Internacional del Libro, Santiago, 1991

El autor de la obra no es el Dr. Sigmund Freud, ni se titula "Willkommen zu Elsinoré, Herr Professor". Tampoco fue publicada en Wien. Simplemente es un trabajo de Carlos Morand, escritor chileno, académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Se titula "Bienvenido a Elsinor, Profesor Freud", texto publicado en Santiago por la Red Internacional del Libro, 1991 (Premio Municipal de Teatro, 1992).

Contiene un Prólogo, tres Actos (El Caso, La Indagación y La Solución) y un Epílogo. Dispone, además, de dos Anexos: Random E. Sclar: Elsinor Revisited y Addenda a Elsinor Revisited: ¿"¡Vete a un convento!" o "¡Vete a un burdel!"?

Se inicia el trabajo con una reseña crítica de Luis Vaisman ("crítico de fina sangre"), profesor de Teoría Dramática y Director Académico de la Universidad de Chile.

Se abre el telón con el Prólogo del profesor Freud que inicia la obra con el relato de la historia de Hamlet.

Exposición sencilla y clara para que nadie quede sin comprender los acontecimientos posteriores de la narración. En realidad, es necesaria esa claridad porque se producirá algo notable. Según hemos ido enterándonos, el trabajo contiene los antecedentes de la verdadera obra de Hamlet que habría sido escrita por el profesor Freud (o por un oscuro profesor chileno). El texto original fue plagiado por Shakespeare quien introdujo cambios en la primitiva obra del profesor Freud.

Nadie va a creer lo que ocurre en esta primera versión: es contrario a la normalidad literaria. Cuando ya está en curso el drama del príncipe de Dinamarca en la corte de Elsinor, justamente allí, antes de la muerte de Ofelia y del asesinato de Polonio, aparece Freud en persona, que ya lo habíamos tenido en la presentación de la obra. Sí, efectivamente, comparece el mismo maestro del psicoanálisis, de la psicopatología de la vida cotidiana, de la libido y de otros tantos temas que llenaron el mundo del siglo XX.

¿Se puede creer esto? Quizás no debiera ser aceptado. ¿Qué se ha imaginado el profesor Morand! ¿Piensa que la imaginación es algo así no más? ¿No sabe acaso que la tragedia de Hamlet ya está resuelta y, por demás, consagrada? ¿Ignora que su triste historia ya ha sido contada, a qué seguir removiendo los penosos acontecimientos de tan infaustos relatos?

Pero, en fin, es tiempo de ficción, imaginación de la imaginación, personajes literarios entreverados con sujetos históricos, hazaña sorprendente que desde una irrealidad manifiesta nos acerca de nuevo a la realidad. Freud conversa con Hamlet e interroga a la madre de éste. Intento increíble, absurdo, que, curiosamente, hace emerger con evidencia una claridad que apunta a una significación incomparable. ¿Pretexto para dilucidar los fenómenos de la vida humana? ¿Ejercicios mentales para resolver, *via sui generis*, el sentido de la acción? ¿Ciencia que nace de la imaginación?

¿Procedimiento que ya es ciencia? Nada de eso. Se trata simplemente del camino tomado por una *mens in statu dramaturgico*, senda insospechada del autor chileno que se instala en sus reales y se impone en lo que pretende ser: una creación literaria. Y nada más.

La obra sigue su curso. Y allí aparecen las escenas en las que el profesor Freud conversa con Polonio, su hija Ofelia, Hamlet, su madre. Hace preguntas que van mostrando el alcance de la tragedia, lo que ha ocurrido con las vidas que allí se consuman. El complejo de Edipo (ahora de Yocasta), la inocencia de Ofelia, la lascivia del rey Claudio, etc. Y nos deleitamos con este juego que es un goce inagotable. Sabemos adonde quiere llegar Freud,

las pasiones, el fatalismo de la acción: con agudo escalpelo va desbrozando cada uno de estos signos, dejando en su esqueleto el acontecer humano. El Rey es un asesino, Ofelia, la enamorada del Príncipe, el amor de la Reina por su hijo, la indecisión de Hamlet, etc. De pronto, todo se hace claro, entendemos el sentido de las acciones, en las que se funda la comprensibilidad de la existencia ("aquello sobre el fondo de los cuál" según la expresión de Heidegger). En ese intento la dramaturgia se hace filosofía, nos induce a ver la fuerza con que se yerguen los problemas que abruma al príncipe Hamlet, lo acaecido en Elsinor, la forma cómo se proyectan las existencias, incluida la propia nuestra. Se aprecia, por fin, el juego eterno del ser y la apariencia gracias al artilugio dramático de Morand, que surge de comparar el análisis de Freud con el resultado que nos proporciona el relato de Shakespeare. El profesor de Viena, autor de la historia, desmonta las acciones en sus elementos significativos, sabe lo que va a buscar y lo encuentra. El sentido toma una claridad excepcional. La eficacia del curandero de almas logra sanar a Hamlet, a causa de lo cual ya no será el factotum desencadenante de la tragedia.

Su relato coquetea con el tiempo, en un "pendant" por demás complejo: el tiempo de la obra, el histórico, el propio del autor.

Representando, siempre representando, el autor chileno abre posibilidades en un juego imaginativo que tensa lo literario y lo lleva a su máximo. Retiene el *entonces*, franquía del pasado de la existencia. Averigua lo sucedido, el *ahora ya no*, que lleva a Hamlet a la constatación de su infortunio: el Rey, su padre, fue asesinado, su madre se entregó al autor de esa fechoría, transformando el lecho conyugal en la cama de la lujuria. Se abre en seguida el relato a la perspectiva del *luego*, franquía para el futuro, horizonte de lo que vendrá, el *ahora aún no*. Es el salto a lo desconocido, de lo que está por venir. Ya tenemos una versión de lo que ocurrirá; la del propio Shakespeare, copiada del original escrito por Freud o quizás por el profesor chileno. Existe la duda, es cierto, que Shakespeare haya plagiado a Freud, aunque las fuentes no descartan otro hecho: es posible que cuando nació Freud el vate de Stratford on Avon ya estuviese muerto. Quién lo sabe.

Pasado, presente y futuro, tiempos de la existencia, apremios de la vida. Allí se encuentra el caviloso meditar de Hamlet.

Pero el ambicioso dramaturgo no descansa. Abre el asunto a sus posibilidades. Aprovecha, primero, el momento para introducir la indagación científica, deja hablar al logos freudiano. Todo es muy simple, dice el profesor vienés, ha ocurrido esto y lo otro. Se inserta, en seguida, en el argumento: los protagonistas mejoran de sus afecciones, cambiando sus puntos de vista, con lo cual altera la intencionalidad de la obra y está a punto de lograr que la tragedia no se desencadena. Hamlet, ahora aliviado, se estaría allanando a aceptar lo sucedido, no tendrá lugar, en consecuencia, la representación de los cómicos contratados por él. Esto es, no tendremos tragedia. Pero Polonio, insidioso, sibilino, quiere mostrar al Rey su habilidad de consejero. Recuerda la enseñanza del propio Freud: conocer el alma de los individuos precisa guiarse por sus aficiones literarias. Para saber lo que ocurre realmente con Hamlet recomienda, entonces, en su sabiduría, que se represente la obra de los cómicos (El Asesinato de Gonzago). Trampa mortal en la que cae el Rey. Sorprendente manera de reconocer que el destino a pesar de todo asumirá de nuevo su rol director. Allí mismo termina el elemento mágico, se acaba el *tempo* de Freud, que pudo salvar a Hamlet (aunque perder a Shakespeare). La lógica interna del monumento literario se resiste a nuevos cambios. Un paso más y la obra es otra cosa. El tiempo ideal de la significación es indestructible. El Rey, siguiendo el consejo, dispone que se realice la representación, factor desencadenante que conduce a la acción de Hamlet tradicional. En verdad, la representación volverá las cosas al punto inicial. Se impone lo que es y ha sido: el sentido indicativo de la existencia. Hamlet sigue siendo Hamlet y Shakespeare, el dramaturgo de Stratford on Avon. El escritor chileno ha sido derrotado y nosotros, en un instante, expectantes por el

efecto de la dramaturgia, pensamos que todo era posible para la imaginación. Parece que no es así.

Desde su sitio el rey Claudio proclama: "Hamlet... ¡Es tiempo que empiece tu tragedia!" (Telón).

FERNANDO VALENZUELA ERAZO  
Universidad de Chile  
Departamento de Filosofía